

Vida Nueva
VN

12-18/12/2015 • Nº 2.968/4 €

HISTÓRICO

Dos papas
para abrir la
Puerta Santa



PRIMICIA

Las claves
del nuevo
Plan Pastoral

LA HERIDA VASCA ANTE EL AÑO JUBILAR

¿Misericordia con el etarra? “Sí, claro”



A FONDO



Camino a la
RECONCILIA



MANUEL DÍAZ DE RADA/LURRAK

CIÓN

Cuatro años desde el anuncio de ETA del fin de la lucha armada, pero las heridas siguen abiertas. La Iglesia y otras instituciones buscan espacios de sanación. Se trata de hablar. Todos. Con todas las experiencias de dolor. Solo así, algún día, llegaría un auténtico perdón. En el Año de la Misericordia, 'Vida Nueva' profundiza en el estado actual del gran drama en medio siglo.

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA / RUBÉN CRUZ

Solo hace cuatro años que ETA anunció que no volvería a matar. Aún no ha entregado las armas. Tampoco se ha disuelto ni ha pedido perdón. Todavía siguen muy presentes los años de plomo, cuando no había semana en que no hubiera un asesinato o una nueva víctima de la extorsión. Hablamos de 856 asesinados y más de 700 atentados. También existieron el GAL, el Batallón Vasco Español, las torturas. Hoy hay más de 500 presos de ETA dispersos en cárceles de toda España. Siguen muy presentes tantas y tantas historias de dolor, de mirar hacia otro lado por miedo o por convicción. Una mayoría opta por no hablar de ello, por pasar página. Otros, cada vez más, reivindican que el único modo de llegar hacia una reconciliación auténtica es huir de los tabús y compartir sus respectivas experiencias. Todos. Al menos todos los que, recorrido su propio camino y ejercida la autocrítica sobre la

actitud personal y colectiva desarrollada en este último medio siglo, abrazan la misericordia. Bien porque son conscientes de no haber actuado bien, bien porque aceptan el perdón que otros les ofrecen.

¿Y la Iglesia vasca? Acusada desde ciertos sectores en esos años duros de equidistancia y de frialdad ante las víctimas de ETA, con el obispo **Setién** entonces como centro de la mayoría de los ataques, la institución también recorre su propio camino y ejerce la autocrítica. En realidad, ese proceso lo hacen los miembros de la Iglesia, pastores y fieles de a pie. Cada uno el suyo. Aunque la conclusión general, según ha podido captar *Vida Nueva* in situ durante la realización de este amplio reportaje, es que, si bien a veces pudo faltar calor hacia determinadas víctimas, se buscó condenar todos los usos de la violencia, vinieran de donde vinieran. Además, desde los años 80, cuando surgió Gesto por la Paz (al que siguieron >>

» otras plataformas como Elkarri y Lokarri), muchos cristianos salieron a la calle a comprometerse por la convivencia y conformaron espacios de diálogo. Aunque entonces fuera misión casi imposible. Ahí nació un camino que hoy puede estar más cerca de culminar con un abrazo.

“No a vivir con odio”

Si hay una persona referente en el proceso de sanación que sostienen quienes quieren una sociedad vasca reconciliada, esa es **Mari Carmen Hernández**. Por lo que dice, por cómo lo dice y por ser ella quien lo dice. Por su mirada generosa, por su tono cálido y por su inmensa capacidad de perdón. A su marido, **Jesús Mari Pedrosa**, concejal del PP en la localidad vizcaína de Durango, le asesinó ETA el 4 de junio de 2000. Cerca de su casa, de un tiro en la nuca. Había renunciado a llevar escolta porque no quería que le impidieran vivir como quería en su tierra. Dos meses después, los cuatro integrantes del comando que había acabado con la vida de su esposo morían en Bilbao al explotarles en su coche los 25 kilos de dinamita que transportaban. Ella lo dijo entonces y lo repite ahora en conversación con esta revista, en una mañana fresca, andando con paso pausado y sonrisa tímida por el bilbaíno parque de Doña Casilda: “No me alegré, una muerte nunca puede alegrarte. Eran unos chicos jóvenes que no sabían lo que hacían y no tuvieron tiempo de reflexionar sus actos y arrepentirse. Yo los perdoné, nunca he tenido odio. He sentido rabia e impotencia, pero con odio no se puede vivir”.

Y eso que, en gran medida, lo que rodeó a los meses previos y posteriores al asesinato de Jesús Mari fue el desprecio de muchos: “Desde hacía tres años

las amenazas eran constantes: nos colgaban pancartas en la terraza desde los pisos de arriba, dianas con el lema *Tú serás el próximo...* Una vecina, cuando llegó el que es el día más triste de mi vida, me dijo: ‘Hoy lo han matado, pero hasta ahora no le han dejado vivir bien’. Después, durante un tiempo me siguieron llamando por teléfono para reírse de su asesinato. Sentía tristeza y dolor, pero también por ellos, por ese afán absurdo de querer ahondar en la herida cuando el daño ya estaba hecho”. Pasó un tiempo hasta que se animara a salir a la calle y recuperar, poco a poco, actividades que le hacían sentir bien, como su trabajo voluntario en una ONG en la que colaboraba. Aunque no fue sencillo: “Hubo de todo. También algún concejal de Herri Batasuna que quiso estar conmigo, sintiendo lo que había pasado. Mi marido era amigo de todos, iba de vinos con gente de todas las ideas y hasta algunos de ellos, más *abertzales*, me dijeron que sin él ya nada era lo mismo. Otros conocidos dejaron de hablarme, incluidos algunos vecinos. Otras personas, desde la pasividad y el silencio, justificaban la violencia. Y otras más, simplemente, preferían mirar hacia otro lado. Hoy lo he vuelto a hablar con algunos de ellos y han hecho autocrítica. Cada uno tiene que mirar dentro de sí mismo y recorrer su propio camino, individual”.

En su proceso de sanación fue clave la fe: “Desde del primer momento, cuando oí en la radio que habían matado a un concejal y algo dentro de mí me hizo saber que era mi marido, me agarré a Dios. Tras la inicial angustia y el consecuente ‘¿por qué?’, le pedí ayuda a Dios para mis dos hijas y para mí, para poder aguantar”, recuerda. En este caminar fue clave la presencia de personas de Iglesia



Al morir mi marido, me agarré a Dios y, tras un ‘¿por qué?’, le pedí ayuda para poder aguantar



que la acompañaron con tenacidad y cariño: “El primero en visitarme fue **Isaac Díez** [salesiano y cuñado de **José Antonio Ortega Lara**, secuestrado entre 1996 y 1997 por ETA], referente en estos procesos con víctimas. Él me propuso acudir a **Jon Elordui** [psicólogo y director del Centro de Orientación Familiar Lagungo de la Diócesis de Bilbao]. Me ayudó muchísimo en mi duelo, que culminó, como él me pidió, con una carta de despedida a mi marido. Me



MANUEL DÍAZ DE RADA/LURRAK



Arriba, Mari Carmen con sus dos hijas. Abajo, con su marido, Jesús Mari Pedrosa. A la izquierda, en el inicio de su charla con 'Vida Nueva', en una céntrica cafetería de Bilbao



en espacios de reconciliación, le ha costado mucho siquiera hablar del tema".

Desde 2007, Mari Carmen forma parte de varios proyectos que incluyen espacios de encuentro restaurativo entre víctimas y presos de ETA que se han desmarcado de la banda y han pedido perdón. La primera vez se vio con **Iñaki Rekarte**, miembro del comando Santander que asesinó a tres personas en 1992: "No iba a que me pidiera perdón, pero sí tenía muchas preguntas que hacerle. Hizo lo que hizo siendo muy joven. Ahora era otra persona. Entonces, me reconoció que, cuando mataban, no veían a personas,

sino a objetivos. El encuentro acabó dándonos un abrazo. Fue bonito que dos personas unidas por el dolor compartiéramos un momento así".

La fuerza de su testimonio le permite ser muy libre a la hora de opinar sobre cuestiones que aún siguen siendo espinosas de cara a la reconciliación. Como la situación de los presos de ETA, por ejemplo: "Estoy a favor de su acercamiento a cárceles del País Vasco. Y mi marido pensaba lo mismo. La política de dispersión nunca le ha hecho bien a nadie, redundando en un sufrimiento injusto para las familias de los presos, que no son culpables de nada". También reclama que no haya una imagen uniforme de las víctimas ("somos plurales") y pone deberes a todos: a ETA le pide "que se disuelva y entregue las armas"; a la izquierda *abertzale*, "que deslegitime la violencia"; y al resto de partidos, "que apuesten por la unidad y busquen resolver todos los casos aún no cerrados, con la misma justicia para todos".

Aunque, concluye, para que haya una reconciliación real, cada persona tiene que tener su propio proceso personal. Porque, al final, "se trata de aprender de todo lo que se ha hecho mal e ir construyendo una convivencia en paz y en libertad".

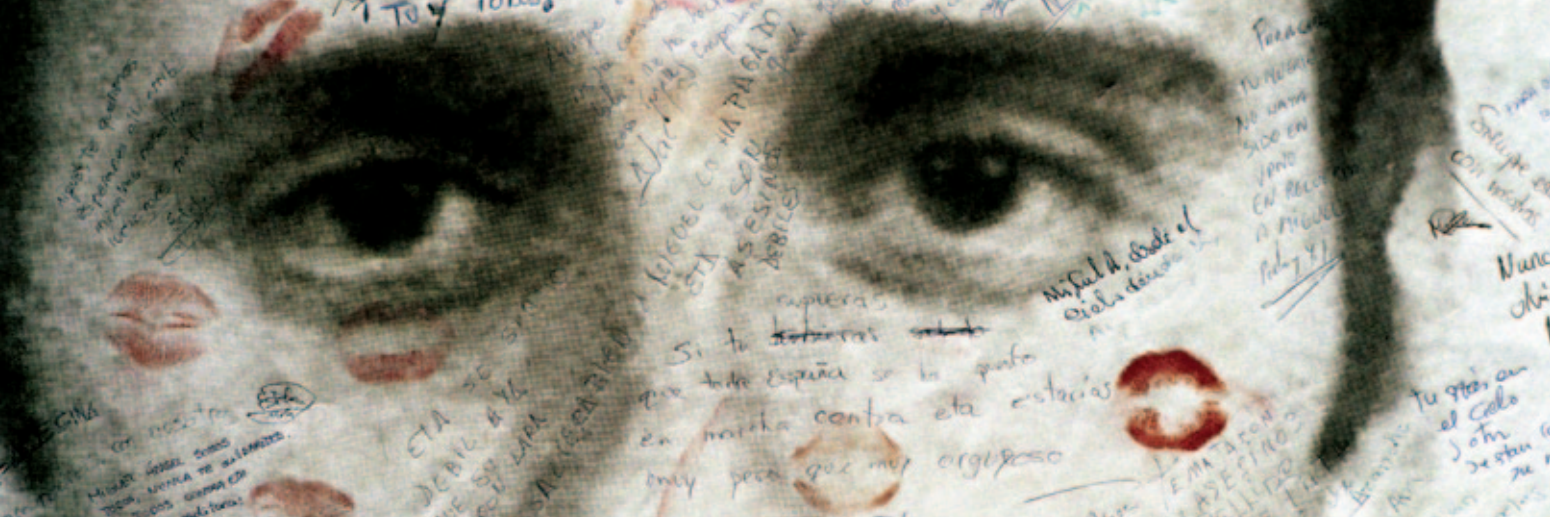
costó enormemente, pero fue una liberación".

La convicción de que cada proceso de sanación ha de ser individual la ha comprobado en sus propias hijas: "La mayor ha completado su duelo, pero a la pequeña le costó mucho más. Cuando todo ocurrió, estuvo una temporada fuera de casa, en el extranjero. Eso la ayudó, pero no a cerrar la herida. Hasta hoy, cuando ya entiende que yo también me comprometa públicamente

Su sobrino y el homenaje al asesino

Con otro miembro de su familia, **Mari Carmen** tuvo una historia que ejemplifica perfectamente lo que ha ocurrido durante décadas en el País Vasco: "Se trata de un sobrino nuestro. Era de la misma cuadrilla que **Urko Gerrikagoitia**, uno de los miembros del comando que mató a mi marido. Él y otro eran de Durango, los conocíamos. Mi marido tenía una relación muy estrecha con este sobrino, era su favorito. Se querían mucho e, incluso, algunas veces lo sacó del calabozo junto a otro amigo. A veces ocurría que había una concentración de Gesto por la Paz y, entre el grupo que le insultaba enfrente, estaba el

sobrino. Puede parecer extraño, pero esas cosas han pasado mucho aquí. Hablamos de personas a las que les pones cara. También hay que tener en cuenta que chicos de la cuadrilla pertenecían a un entorno *abertzale* y algunas madres les inculcaban esas ideas. Cuando mataron a **Jesús Mari**, para mi sobrino fue un *shock*. Lo que no quita para que, cuando murió su amigo, él acudiera al homenaje que le dio la izquierda *abertzale*. Yo misma le vi en televisión, levantando el puño... Al final, pasado un tiempo, acabó yéndose a Alemania. Se alejó de esto y ya tiene una vida completamente diferente".



Txelis, el ideólogo de ETA que se topó con Dios

Junto a Francisco Garmendia, Pakito, y Joseba Arregi, Fitipaldi, José Luis Álvarez Santacristina, Txelis (San Sebastián, 1954), conformaba en 1992 la cúpula de ETA. Era un momento clave en la historia de la organización terrorista: en un año en el que España estaba en el centro de todas las miradas, con los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla, la consigna era *golpear duro* y forzar al Gobierno de Felipe González a una nueva negociación. Pero los planes de ETA se frustraron con la detención de sus tres líderes en Bidart (Francia), el 29 de marzo de 1992. Eso es lo que recoge la Historia, aunque la intrahistoria es aún más significativa...

Como confirman a *Vida Nueva* fuentes bien informadas, en esa época, los dirigentes de ETA tomaron conciencia de que su camino estaba agotado y preparaban una tregua indefinida que, definitivamente, hubiera supuesto el fin de la violencia. No era un deseo difuso, sino que replantearon su estrategia y comenzaron a dar pasos concretos para ello. Pero, paradójicamente, con la detención de los tres líderes y su sustitución por otros no partidarios del diálogo, encabezados por Mikel

Antza, los acontecimientos siguieron otros derroteros.

Tras 23 años en la cárcel (como encargado del aparato político, fue condenado por inducción al crimen), Txelis obtuvo en agosto la libertad condicional. Trabaja con menores con dificultades sociales, disfruta de su familia (está casado y es padre de un hijo), estudia sin parar (habla varios idiomas y ha concluido las carreras de Empresas Turísticas, Filosofía y Ciencias de la Educación, Teología, Letras Modernas y Psicología; ahora está terminando una especialización en Psicoterapia) y ha reemprendido una nueva vida, lejos de la política partidaria: ha pedido perdón y se arrepintió de todo lo hecho pocos meses después de ingresar en prisión.

Fue un aldabonazo

Volvemos a esos primeros meses de 1992, pues él también tuvo entonces su propia experiencia. Sin poder precisar un día, semanas antes de su detención, hubo un momento exacto en el que se dio cuenta de que todo lo que estaba haciendo carecía de sentido; más aún, de que estaba mal. Era algo que intuía, que le sabía de las entrañas, pero que,

Detenido en 1992, rechazó la violencia y fue expulsado por la banda al condenar el asesinato de Miguel Ángel Blanco

preso de esa vorágine, dejó conscientemente a un lado, como si ese aldabonazo real fuera solo un rumor sordo. Y eso que era algo que, aunque no podía identificar del todo, sentía que provenía de Dios... Porque el entonces cabeza de ETA, alejado de la fe y con ciertos resabios anticlericales, fue en su día seminarista diocesano en San Sebastián, habiéndose preparado durante un año mientras terminaba la carrera de Turismo y cursando los tres primeros años de los Estudios Eclesiásticos de la época.

Siguió con esa contradicción interna que le producía malestar. "Hasta que le pararon los pies", como relata a *Vida Nueva* un religioso que lo conoce bien. Frente a lo que se pudiera pensar, vivió su ingreso en prisión como una oportunidad: para parar, para pensar, para interiorizar lo que le ocurría. Y así llegó finales de julio y lo que, como aseguró abiertamente a sus allegados, él mismo calificó como "un encuentro con Dios".

Esa llamada estuvo precedida por una lectura muy meditada de diversas obras filosóficas y científicas. Tenía una necesidad imperiosa de rehacerse. En un momento dado, comenzó a releer a Teilhard de Char-

din y a meditar los Evangelios. Fue un auténtico proceso de reconversión: quería pensar diferente, para lo cual sabía que debía vivir diferente. Se veía desnudo. Revivía su historia anterior, devoraba los Evangelios y se sentía enormemente interpelado por los pasajes en los que resonaba de un modo directo la voz de **Jesús**. Lloraba amargamente conforme hacía suya la verdad de ese mensaje, consciente de su responsabilidad moral en el sufrimiento generado. Sabía que, al aceptarla, eso significaba que su propia vida debía dar un vuelco absoluto. Pero esta vez sus fuerzas no flaquearon y actuó.

En cuanto tuvo oportunidad, en otoño de ese 1992, escribió en privado a la nueva dirección de ETA exponiendo de modo autocrítico la necesidad de un replanteamiento en profundidad de la estrategia política y planteando claramente que no se cometiera un solo asesinato más. Evidentemente, sus deseos fueron desoídos... Aunque no sería hasta cinco años después, coincidiendo con su denuncia del asesinato de **Miguel Ángel Blanco**, cuando su situación se hizo pública y, tras reclamar el fin de la acción



En libertad condicional desde agosto, Txelis trabaja con menores con dificultades

armada en una misiva dirigida a los presos de la banda, sería públicamente expulsado un año más tarde por la dirección de ETA.

En los años siguientes, ya integrado en la vía Nanclares (política penitenciaria que favorece la situación de los presos de ETA que dan muestras de arrepentimiento y rechazan la violencia), vendrían varias peticiones públicas de perdón y encuentros con familiares de víctimas...

Respecto al tiempo actual, según ha podido comprobar esta revista, lamenta que no se haya avanzado lo suficiente a la hora de mitigar el sufrimiento generado por ETA e ir cicatrizando heridas, sin olvidar las provocadas por grupos como los GAL, y desearía más audacia por todas las partes para alcanzar un día una profunda reconciliación. Reconoce sin ambages que hay mucha gente destrozada por la acción de ETA. Algo que, recalca en su entorno, conoce de primera mano, pues ha podido verse con varias de esas personas. Por no hablar de su propia experiencia carcelaria, que reconoce que le ha curtido y le ha ayudado a empatizar cada vez más con el sufrimiento de las víctimas de ETA. La inmensa mayoría de los funcionarios penitenciarios y las víctimas con las que ha tratado durante estos años le han dado “una lección de humanidad” que, reconoce en su entorno, ya hubiera querido para sí en su día, cuando dirigía el aparato político de la banda.

Echando la vista atrás, Txelis se siente un privilegiado, pues se sabe muy acompañado por personas muy válidas en el proceso que le ha llevado a ser una persona nueva. En este sentido, lamenta que muchas víctimas que, de un modo u otro, se han visto afectadas por la violencia, no cuentan con ese acompañamiento, sufriendo incluso el rechazo y el olvido. De ahí que reivindique un esfuerzo colectivo para que todos y cada uno de los que han sufrido en estas décadas la violencia del terror puedan vivir su propio proceso de duelo, desde la justicia, la comprensión, la misericordia y el reconocimiento de los demás. Y es que, como subraya a sus allegados, si solo se retroalimentan en su dolor, su sufrimiento será todavía mayor.

El día que lo cambió todo

José Luis Álvarez Santacristina sabe de lo que habla cuando pide con todas sus fuerzas emprender con valentía un ejercicio de autocritica a nivel de sociedad, aunque sea doloroso. Él, criado en una sencilla familia muy devota (son ocho hermanos, una de ellas religiosa) y que hasta los 20 años no tenía ningún afán militante desde un punto de vista soberanista (más allá de un amor incondicional por el euskera y la cultura euskalduna, reprimida en los años del franquismo), poco a poco acabó entrando en una espiral de radicalización y odio. Quienes lo conocían bien aseguran que algo le impactó profundamente. Ocurrió en diciembre de 1974, cuando su gran amigo, **Mikel Salegui**, fue acribillado con 17 balazos en un control policial y la

novia de este, embarazada, perdió al niño tras los porrazos sufridos a la salida de los funerales. No medió motivo político alguno en el suceso con su amigo, tan solo, al parecer, un malentendido con un policía, que se puso nervioso. Las mismas fuentes aseguran que Txelis no se justifica en absoluto con esto, pero forma parte de la experiencia vital de una persona que entonces, en su primer año en el seminario, soñaba con servir a Dios y no a una causa política desde las armas. Miles de intrahistorias de dolor han jalonado esta Historia que al fin puede desembocar en un camino de sanación. Para ello, entiende Txelis, es esencial encontrarse, hablar y pedir perdón. A veces vale un gesto, una simple sonrisa de acogida.

Una Iglesia de puentes y misericordia

Las diócesis vascas impulsan espacios de reflexión, oración, encuentro y diálogo

Hace seis años que ETA no mata. Sin embargo, el problema no ha acabado. No han entregado las armas, no se han disuelto, no han pedido perdón de forma conjunta... Las heridas continúan. Están abiertas. A flor de piel. Y en eso trabaja la Iglesia: obispos, diócesis, religiosos, laicos... Todos caminan juntos por el sendero de la reconciliación. Sanación a toda costa. Eso buscan. Y que no se olvide, porque esto no puede volverse a repetir. Los jóvenes tienen que conocer el pasado de su pueblo. Hasta ahora, muchos espacios de sanación creados en el seno de la Iglesia eran desconocidos por la sociedad, porque quienes trabajan en ellos consideran que deben hacerse desde dentro y para dentro. Los más de 50 años de confrontación han arrancado 856 vidas y otras miles han quedado rotas. Los años del plomo acabaron, pero ¿y ahora?

Manu Arrue, responsable de Paz y Reconciliación de la Diócesis de Bilbao, explica a *Vida Nueva* que “nuestra tarea es fomentar la cercanía, la escucha y el acompañamiento, así como sensibilizar a la comunidad cristiana en general, proponiendo iniciativas diversas. Por eso, nuestra presencia en estos

mundos de víctimas y victimarios es importante para seguir trabajando en procesos personales curativos para impulsar así la paz y la reconciliación”. Para ello, es necesario “perder el miedo y trabajar entre nosotros con verdad y misericordia. Y tratando de iniciar en casa lo que queremos hacer fuera”.

Compartir el dolor

Ya lo recordaban los obispos del País Vasco y Navarra –**José Ignacio Munilla, Mario Iceta, Miguel Asurmendi y Francisco Pérez**– en su carta pastoral *Misericordia entrañable*: “Hemos sido y estamos siendo conocedores de algunos testimonios de perdón y de reconciliación verdaderamente heroicos. La reconciliación es como el grano de mostaza del Evangelio, que, a pesar de ser la más pequeña de las semillas, termina creciendo y cobijando a muchos bajo su sombra”. En aras de contribuir a esta reconciliación, este año y el pasado, la Diócesis de Bilbao ha celebrado en la Basílica de Begoña el Día de la Memoria (10 de noviembre) con una eucaristía por todas las víctimas.

“Para pasar página hay que hablar antes de lo que ha ocurrido”, dice con vehemencia **Belén Roderó**, delegada de Cari-



dad y Justicia de la Diócesis de Bilbao, en una conversación mantenida en la diócesis con varios miembros del grupo de Paz y Reconciliación. Por eso, “las víctimas, encontrándose, nos están demostrando que es posible mirar al distinto y amarlo, reconocerse, confiar... Con ellas experimentamos que la misericordia brota”. Desde la diócesis bilbaína y, en concreto, desde Paz y Reconciliación, reivindican que el único modo de llegar hacia una reconciliación auténtica es compartiendo el dolor. Es decir, abrazar la misericordia. “Reconozco dolor en el otro y eso me une. A través de esa actitud y ese pensamiento podemos construir una sociedad distinta”, comenta Roderó. Por su parte, **Jon Elordui**, director del centro diocesano de orientación familiar, recalca que “la autocrítica tenemos que hacerla todos, y no es cosa de un día, sino un proceso”. Mirar hacia dentro para sanar. Y lo

Es verdad que ha habido momentos de tibieza, pero la Iglesia ha sido hija de su tiempo



dicen ellos, que ya ponían a la persona en el centro antes de que lo dijera **Francisco**. “Importan las historias personales. Se trata de intentar rescatar en todas un rasgo de humanidad y poder empatizar si miras a lo más profundo de la persona y no sólo si es víctima o victimario”, señala Elordui.

A la Iglesia vasca se le acusó durante muchos años de equidistancia. Incluso de estar más cerca de los victimarios que de las víctimas. Haciendo la auto-crítica que predicán, sí es verdad que ha habido “momentos de tibieza”, pero “la Iglesia ha sido hija de su tiempo”, indica Rodero.

Durante los duros años de violencia, destacaron tres grupos que no tenían otro objetivo que trabajar para el fin de la violencia y tender puentes en una sociedad muy polarizada: Gesto por la paz (1985-2013) – con un papel muy destacado–, Elkarri (1992-2006) y Lokarri

A la derecha, un sacerdote da la extremaunción al concejal popular Jesús Mari Pedrosa, asesinado en 2000. A la izquierda, el funeral de Miguel Ángel Blanco en 1997

(2006-2015). Ninguno estrictamente católico, pero sí formado por muchos católicos comprometidos que han sido el suelo de estos movimientos. “Surgen estos grupos que van buscando el diálogo y abrirse a todos con talleres en barrios y pueblos. En concreto en Elka-

rri desde 1992 encuentran un lugar de referencia, entre otras muchas, personas de la izquierda abertzale que cuestionan el uso de la violencia. Poco a poco el movimiento se va nutriendo de personas de otras ideologías políticas convirtiéndose en un foro de diálogo que generará »

El encuentro es posible

Algo se está moviendo estos últimos años en el País Vasco. El pasado 10 de noviembre, en un acto institucional en el Parlamento vasco, Bildu asistió por primera vez al Día de la Memoria, en homenaje a todas las víctimas. No estuvieron UPyD ni el PP por esa presencia de la izquierda abertzale, aunque sus representantes sí acudieron a un acto similar que tuvo lugar en la localidad donostiarra de Rentería. Allí no faltó nadie. Son pequeños gestos, pero evidencian que algo está cambiando. Desde hace unos años (muy discretamente al principio), auspiciados desde distintas esferas de la administración, como el Gobierno vasco o Instituciones Penitenciarias, hay encuentros restaurativos entre víctimas y victimarios. Los primeros

fueron en la cárcel alavesa de Nanclares de Oca, símbolo de la llamada vía Nanclares, por la que presos de ETA que se arrepienten de lo hecho obtienen beneficios penales. Son auténticos espacios de sanación donde fluye una conversación sin guión, difícil, pero que muchas veces concluye con sinceros abrazos y peticiones de perdón en primera persona. Otra iniciativa del Ejecutivo vasco es Adi-Adian, un programa por el que personas que han sufrido el impacto de la violencia desde distintas perspectivas (11 víctimas de ETA, cuatro de los GAL y dos de los abusos policiales) acuden desde 2014 a contar su experiencia a alumnos de colegios de toda la región. Más de 2.000 jóvenes, la generación del mañana, han participado ya en este proyecto.

» sucesivas propuestas para la paz y el acuerdo en la sociedad vasca”, indica **Luis Vadillo**, ex militante de Lokarri.

Antes de estos tres grupos, hubo algunas iniciativas como en el Casco Viejo de Bilbao donde, promovida por el grupo de JAC (Jóvenes de Acción Católica), una comunidad parroquial, fruto de una dinámica de Revisión de Vida, se propuso actuar públicamente denunciando los asesinatos y muertes. “Decidimos salir a la calle en silencio con carteles por cualquier persona que muriera a causa de la violencia política, de cualquier signo”, señala Elordui. Él, desde su experiencia de acompañamiento a víctimas, considera que “sí ha habido un déficit en el acompañamiento personal y también público. En 2000 se puso en marcha un programa y servicio de apoyo psicológico en el propio Centro de Orientación Familiar como apuesta y decisión expresa de la Diócesis de Bilbao, antes sólo había experiencias de personas concretas que acompañaban a las familias”.

Por su parte, en la Diócesis de San Sebastián, **Patxi Meabe** estuvo durante muchos años al frente de la pastoral social. Él considera que “la Iglesia

vasca ha estado presente de alguna manera y no ha mirado al otro lado. Ha podido ser más o menos certera en sus juicios y valoraciones, pero siempre ha respondido a la conculcación de los derechos humanos que se han dado en nuestro pueblo.

Un largo camino

Al tiempo, continua: “Si analizamos con espíritu objetivo la realidad vasca, nos encontramos con numerosos compromisos llevados a cabo por los movimientos de Acción Católica y demás grupos encarnados en Cristianos Comprometidos, cuya labor no solo ha consistido en denunciar y condenar los asesinatos de ETA, creando una conciencia crítica sobre ella, sino además ha ayudado a humanizar las consecuencias del terrorismo político de ETA o del GAL, o de los excesos de las fuerzas de seguridad del Estado”.

Por otro lado, mientras paseamos por los alrededores de la Catedral del Buen Pastor (San Sebastián) Meabe comenta que “nunca se dará una plena satisfacción y reparación a la injusticia perpetrada con las víctimas. Hay que evitar comparar y equipararlas, pero las exigencias de la justicia y de la



MANUEL DÍAZ DE RADA / LURRAK

Patxi Meabe, antiguo miembro del secretariado social de la Diócesis de San Sebastián

caridad cristiana piden hablar de todas ellas y evitar incurrir en una tipología según la autoría de quienes la ocasionaron. A este respecto tenemos todavía un largo camino por recorrer en el camino de la pacificación y la reconciliación en el País Vasco”.

“Las figuras de los obispos Vascos, sobre todo **José María Setien** y **Juan María Uriarte**, no pueden quedar en el olvido cuando nos referimos al papel de la Iglesia. Una mirada limpia en los años más duros de la violencia terrorista trae a nuestra consideración los innumerables escritos de estos obispos en la condena del terrorismo. Muestra de ello son estas palabras de Setien: ‘La existencia de ETA es perjudicial para el País Vasco. Es un mal que debe desaparecer, incluso para buscar la justa solución al llamado conflicto vasco’”.

La importancia del acompañamiento la define perfectamente **Isaac Díez**, salesiano y cuñado de **Ortega Lara**. Desde su experiencia, tiene claro que “en el trato y proceso de sanación de una víctima, el acompañamiento personal es necesario desde el principio”. El proceso de sanación llega ahora: “Antes no se podía, porque estábamos en ‘guerra’”, dice Elordui. Y, aunque socialmente parece que estamos en otra etapa, “las víctimas nos recuerdan que hay mucho por hacer”, concluye.

De izquierda a derecha, Luis Vadillo, Belén Roderó, Jon Elordui y Manu Arrue



En la vida de **José Ramón Treviño** se entrecruzó la figura del ex etarra **Iñaki Rekarte**. A finales de los 80, el joven fue acompañado por Treviño durante su proceso de desintoxicación en Proyecto Hombre. La madre del joven, catequista de la parroquia del Santo Cristo de Artiga (Irún), a cargo del sacerdote, acudió a él en busca de ayuda. Pasó el tiempo y el 28 de febrero de 1992, Rekarte y su compañero de comando **Luis Galarza**, tras atender 9 días antes en Santander –causando tres víctimas mortales–, viajaron hasta Irún para disfrutar de los carnavales. Tras pasar varias horas ocultos bajo sus disfraces, se acercaron a casa del sacerdote en busca de cobijo.

Treviño les dejó las llaves de un local parroquial: “Acogí a un joven de 19 años a quien había acompañado en una adolescencia difícil y que acabó siendo miembro de la organización”, explica Treviño a *Vida Nueva* en la sede de Cáritas de Rentería (Guipúzcoa), donde trabaja a diario. Asimismo, explica que “en modo alguno hubo en mi conducta ningún atisbo de colaboración ni complicidad con ETA. Desde el primer momento condené y denuncié el uso de la violencia ejercida por ETA”. Por su parte, Rekarte, terrorista ya arrepentido, dice en su reciente libro *Lo difícil es perdonarse a uno mismo* (Península), que el sacerdote “era uno de esos curas que hacen el bien sin preguntar”. Y al que, sin embargo, le buscó “la ruina”. No obstante, Treviño nunca le ha reprochado nada: “Me alegro de que le vaya bien”.

El fiscal pidió seis años de cárcel para el cura por colaborar con la banda, pero finalmente la Audiencia Nacional le condenó a tres, ya que los jueces centraron su atención en “las profundas relaciones de afecto personal con Iñaki y con



MANUEL DÍAZ DE RADA / LURRAK

“Todos saben que soy un hombre de paz”

José Ramón Treviño es uno de los sacerdotes que ha cumplido condena por “colaborar” con ETA

su madre, así como por humanos principios de solidaridad, potenciados por su condición de sacerdote”. Treviño entiende a quienes en esa actuación pudieron ver complicidad y delito. “Sé que mucha gente que no me conocía me condenó con dureza, pero el hecho es que fue sencillamente una acogida puntual a una persona conocida, acogida personal como tantas veces realizamos en nuestras comunidades cristianas”, dice tranquilo. Pese a todo, “mi conciencia ha estado en paz en todo momento. Y ahora vivo con ilusión el nuevo tiempo y pido a Dios que nada ni nadie nos pueda desviar del camino de la justicia y la paz”.

El sacerdote conoció la “dura” experiencia de la cárcel y comenta que recibió un “trato inhumano” durante su detención. Fueron tiempos difíciles en los que sus fieles no le abandonaron: “La comunidad cristiana a la que servía defendió mi inocencia porque me conocían bien y sabían que era y soy hombre de paz”. El sacerdote confiesa que nunca ha sentido la necesidad de perdonar: “Lo

que dijeron no me afectó, porque yo seguía mi conciencia. Al principio pensé: ‘¿Qué dirá la gente que confía en mí?’ Pero recibí su apoyo con manifestaciones y numerosas cartas”.

“ETA debe llegar al desarme real y la disolución definitiva, y el Estado debe abandonar el inmovilismo estéril, y tiene que dar pasos que humanicen la política penitenciaria”, dice, convencido, Treviño. Si bien la disolución total de ETA no se ha producido, “nadie pone en duda que el ciclo de la violencia estructurada pertenece definitivamente al pasado, un pasado sin retorno. En gran medida, hemos despertado de una pesadilla atroz que nos iba deshumanizando a todos”. Ahora quedan las víctimas de un signo y de otro que piden, “memoria, reconocimiento y reparación”. En ese sentido, “como Iglesia seguidora de **Jesus** y al comienzo del Año de la Misericordia, no podemos olvidar que el perdón, con la base de una conversión sincera, es el mejor bálsamo para curar las heridas que todavía subsisten”.

Cuando la ley fue orillada

Inés Núñez reclama al Estado que se reconozca que su padre murió en 1977 víctima de la violencia policial

Hasta que no cumplió los 18 años, cuando al fin se la contó su madre, no conoció la verdad. La bilbaína **Inés Núñez de la Parte**, madre de tres hijos, directora de los servicios jurídicos de una gran empresa industrial y elegida este año entre las diez directivas más influyentes de España, guardaba una imagen difusa de aquel día, que la atormentaba frecuentemente en forma de pesadilla.

El domingo 15 de mayo de 1977, cuando ella solo tenía tres años, salía de misa con su padre, Francisco Javier Núñez, un profesor de matemáticas de 38 años. Después de comprar el periódico se toparon, en pleno centro de Bilbao, con una manifestación que reclamaba la amnistía para todos los presos políticos del franquismo. Eran aún los estertores de una dictadura que, con **Adolfo Suárez**, ya empezaba a dar los primeros pasos hacia la democracia (al mes se celebrarían las primeras elecciones libres). Pero aún no lo era plenamente. En un momento dado, la policía (todavía eran “los grises”) empezó a cargar para disolver la marcha. Varios de ellos se cebaron con su padre, cuyo delito era simplemente pasar por allí.

Le golpearon con porras de hierro hasta que pudo llegar a la puerta de su casa, mientras protegía a su hija con su cuer-

po. Entraron con él y siguieron golpeándole, dejándole tirado en el portal. Tras varios días de convalecencia, su hermano abogado y varios amigos le convencieron para que denunciara los hechos para que no quedaran impunes. Pero, cuando acudió a la comisaría, alguien avisó a los policías de que iban a ser denunciados. A los pocos minutos, se presentaron vestidos de paisano pero con pistola, lo subieron a una furgoneta y, tras darle un trato vejatorio y volver a golpearle y atarle las manos, obligaron con un embudo a Francisco Javier a beber un litro de coñac y otro de aceite de ricino. Tras 13 días de lenta agonía, en los que estuvo consciente en el hospital, murió.

La verdad oculta

“Me dijeron que había sido un cáncer de hígado y así lo creí siempre –cuenta una emocionada Inés a *Vida Nueva*–. Mi madre no movió nada, pues recibió amenazas contra ella y contra mí. Había miedo. En el hospital, los propios médicos, aunque sí señalaron que presentaba hematomas, firmaron en el parte que la causa de la muerte era una cirrosis hepática. Además de protegerme con el silencio hasta que fui mayor de edad, a mi madre le ayudaron mucho la fe y el afán de educarme sin odio, con el fin de que fuera

Francisco Javier Núñez era un profesor de 38 años sin afiliación política. Tras décadas de olvido, el Gobierno vasco ha documentado que fue asesinado. Abajo, su hija Inés



feliz. Antes de casarse, había sido durante 13 años religiosa misionera en Brasil. Mi padre, al recibir la extremaunción, también dijo que perdonaba lo que le habían hecho. Con ese poso me he criado, siendo cristiana. Pese a todo, fueron muchos años de soledad. Mucha gente nos dejó de lado. Estaba muy presente entonces el miedo y el ‘algo habrá hecho’. También tuvo mucho que ver el que mi padre fuera completamente apolítico. Si hubiera pertenecido a una familia cercana a la izquierda *abertzale*, probablemente habríamos sido arropadas por un sector de la sociedad, pero mi madre nunca permitió que nadie se apropiara del asesinato de mi padre ni que se utilizara para legitimar la violencia de ETA”.

Inés no tiene odio (“odiar es estéril, no conduce a nada”), pero sí reclama justicia y defiende que se cierren todas las heridas que se han abierto en este medio siglo en su tierra,





quien fue a verlas a casa a su madre y a ella: "Le pedí que, si la conocía, me revelara la identidad de quienes mataron a mi padre, pero prefirió no decírnos si vivían ni quiénes eran, pues los hechos habían prescrito. Tuvo un trato exquisito, muy cariñoso".

Aunque no le gusta la etiqueta de "víctima" y pese a que no le ayuda en su carrera profesional, Inés se involucra desde hace dos años en el programa Adi-Adian, del Gobierno vasco, con el que acude a las aulas a dar su testimonio junto a víctimas de otras violencias, la mayoría de ETA y también de los GAL, incidiendo en los jóvenes en la idea de la reconciliación. Cada vez que tiene que hablar sobre aquel 15 de mayo de 1977, vuelven las pesadillas y sufre mucho, pero sabe que merece la pena: "Entre todos, tenemos que impulsar una verdadera cultura de derechos humanos, que deben estar por encima de todo. Algunos quieren hacer ver que solo existen unas víctimas, pero debe reconocerse que también hay víctimas de distinto signo que tienen los mismos derechos y la misma dignidad, y que no han elegido a su verdugo. Yo estoy al 100% al lado de las víctimas de ETA y digo que esos asesinos son lo peor que le ha pasado a nuestra sociedad, pero quiero que se reconozcan todas las experiencias de dolor, que hablemos todos, que haya empatía y autocrítica, que se propicien encuentros constructivos. Y, lo más importante, que nunca vuelva a pasar lo que ha ocurrido aquí".

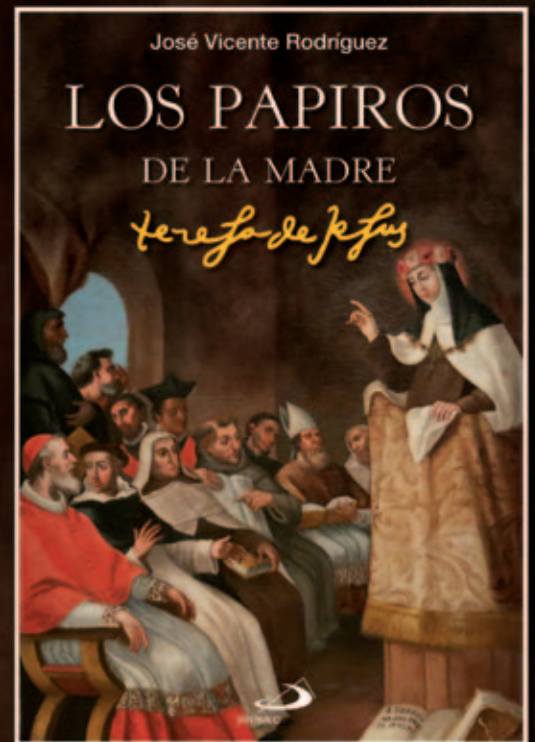
Inés concluye con un deseo: que algún día el Estado español reconozca lo sucedido y les pida disculpas. "Sé que ese día llegará, pero espero que no sea demasiado tarde, para que mi madre pueda verlo".

para lo que también reclama una Ley de Víctimas Policiales. Y es que se sabe incómoda para muchos, pues hace suya una reivindicación, la de que se reconozca y repare por ley a las víctimas de violencia policial, que parece bandera exclusiva de la izquierda *abertzale*, aunque ella no comparta sus posicionamientos políticos.

Valora que, en 2012, impulsada por el Decreto del Gobierno Vasco sobre Víctimas de Sufrimientos Injustos, se dio un paso importante con la creación de una Comisión de Valoración que, tras investigarlos, reconoció oficialmente que había ocho casos de víctimas de violencia policial en el País Vasco anteriores a 1978, incluido el de su padre. La Comisión ha seguido trabajando para analizar más casos. Entre sus miembros estaba la jueza **Manuela Carmena**, hoy alcaldesa de Madrid,

LOS PAPIROS DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

560 págs. • 20 €



José Vicente Rodríguez

Una exhaustiva antología de textos de santa Teresa, que ayuda a conocer mejor a esta polifacética mujer: consejera, maestra de oración, refranera, viajera, cocinera, negociadora persuasiva, amiga de los santos, devota de los sacramentos, humorista, escritora...

Resina, 1 • 28021 Madrid
Tel.: 917 987 426 • Fax: 915 052 050
ventas@sanpablo.es • www.sanpablo.es

SAN PABLO

Compartamos el relato

JAVIER ELZO
SOCIÓLOGO



Miembros de Gesto por la Paz pegan carteles

Hay diferentes etapas y niveles en el “vivir con” tras la losa de ETA: la coexistencia pacífica (“buenos días” y cada cual sigue su camino entre los “suyos”), la convivencia incompleta con zonas de sombra (no se habla de la violencia del pasado) y la convivencia plena (asumiendo cada uno su historia personal y escuchando la del otro). No otra cosa es el ejercicio de la reconciliación, poniendo en común diferentes relatos del pasado, para compartir el dolor de los otros, sin recrearse ni retenerse en él (el proceso de reconciliación debe ser relativamente breve), y así dar paso a la convivencia plena y auténtica.

Hay una memoria individual, como tal intransferible, una memoria colectiva que muchas veces corresponde a la memoria de una parte de la población y, por último, la memoria histórica, la que construyen con el tiempo los historiadores, aunque rara vez llegan a un mismo relato. Piénsese en la Guerra Civil y en la experiencia de “memoria histórica” que abrió Zapatero. También en Euskadi es imposible pensar en un único relato, pero sí en uno compartido si somos capaces de escuchar el de los que piensan de forma diferente a la de los “míos”. Por eso definiendo que se escuchen y recojan todos los relatos.

Pero el horizonte debe ser el de la “memoria justa”, el deber de memoria por la deuda contraída con los que más han sufrido, particularmente las víctimas de violencias injustas, muy mayoritariamente las víctimas ocasionadas por ETA, que ha escrito la página más negra de la historia del País Vasco, como sostengo en mi libro *Tras la losa de ETA* (PPC, 2014). Para ello hay que superar la “memoria impedida”, la memoria que nos impide ver lo que hemos mal hecho o han mal hecho los “míos”, tratando de ocultárnosla en la recámara de nuestra memoria para que no salga a flote, así como la “memoria manipulada”, la memoria con la que se pretende construir una identidad, por lo que magnificaremos lo que los “nuestros” han hecho de positivo y ocultaremos lo negativo. Solamente así podemos mirar al futuro de Euskadi en la pluralidad de relatos, una Euskadi que no se desangre simbólicamente en la acumulación usurera de los solos relatos de los “míos”. Es la apuesta por la reconciliación.

Para algunos, el proceso de reconciliación es innecesario, pues se trata de algo privado e interpersonal; imposible, pues exige llegar a una

interpretación compartida de su origen, lo que la historia muestra que parece inviable; una infidelidad a las víctimas, que se pierden en el olvido; un sinsentido en el caso vasco, donde nunca ha habido dos bandos, sino uno, ETA, que ha agredido, y el otro, que se ha defendido. Además, algunas víctimas sienten la reconciliación como una imposición humillante, sin olvidar a los que creen que reconciliación equivale a impunidad.

La reconciliación presupone una justicia ecuánime. Exige aceptar la totalidad de los hechos violentos. No limitarse a subrayar lo que “los nuestros” han padecido. También lo que “los otros” han sufrido. No solamente reconocer el daño causado, sino que nunca más se volverá a utilizar la violencia terrorista o la injusta violencia antiterrorista. No se puede asesinar ni torturar en nombre de una idea. Exige reconocer que los derechos de las personas son inviolables. Los derechos humanos son naturales (inherentes a los seres humanos), iguales (los mismos para todos) y universales (válidos en todas partes). La reconciliación exige reconocer, reparar y ayudar a todas las víctimas, a “todos aquellos de cualquier signo que en esta confrontación han padecido una agresión injusta que vulnera gravemente sus derechos humanos”, en definición de **Juan María Uriarte**.

El rector de la UCA en El Salvador, tras el asesinato de **Ellacuría** y de otros jesuitas y trabajadores de la universidad, hace 30 años, propuso la verdad, la justicia y el perdón como el camino para la reconciliación. Un grupo de expertos del Consejo Mundial de las Iglesias, en Ginebra, en febrero del año 2009, hicieron suya la propuesta, a la que me adherí en su día, pensando en la reconciliación en Euskadi; aunque añadí el reconocimiento por parte de los victimarios del daño causado a sus víctimas. Sin excepciones.

SERGIO CUESTA

“No basta coexistencia sin violencia, ETA debe entregar las armas”

ETA no nació en los seminarios”, afirma de forma contundente **Juan María Uriarte**. Al obispo emérito de San Sebastián se le ha acusado de estar más próximo a los verdugos que a las víctimas. A sus 82 años ya está acostumbrado a críticas como esta. Sin embargo, siguen haciéndole daño. Por eso no le apetece en demasía hablar con los medios. Tiene miedo de que se le malinterprete. No obstante, acepta una conversación con *Vida Nueva* con el único objetivo de contribuir al camino a la reconciliación. Quien fuera el intermediario y “no mediador” entre la banda terrorista y el Gobierno durante la tregua de 14 meses, entre 1998 y 1999, hace autocrítica: “La que me pide el Evangelio”. Así, exige a ETA que se disuelva de una vez por todas.

¿Cómo valora los encuentros de reconciliación entre víctimas y antiguos miembros de ETA?

Estos encuentros son un paso noble y efectivo hacia una re-

ETA no nació en los seminarios, es una afirmación infame y gratuita que hizo fortuna hace algunos años

conciliación global y están prolongándose fuera de las cárceles. Lamentablemente, algunos han sido recortados por decisión gubernativa. Además, son todavía escasos. No obstante, los expertos en ciencias de la paz valoran sobremedida este tipo de encuentros, porque son semillas de paz y reconciliación.

Pese al cese de la violencia, no hay todavía una auténtica reconciliación. ¿Qué se necesita para lograrla? ¿Cómo pueden sanarse tantas heridas?

Cincuenta años terribles dejan muchas heridas. Se necesita tiempo. No basta una coexistencia sin violencia cruenta. Es necesario que ETA acabe de entregar las armas y se disuelva. Es necesaria una autocrítica, proporcionada a su responsabilidad, de todos los grupos e instituciones que, por acción u omisión, contribuyeron a la iniciación y perduración de esta inhumana tragedia.

Volvamos ahora al pasado. ¿Ha ofrecido ETA en más de una ocasión a la Iglesia la po-

sibilidad de ser puente con el Estado?

Solo conozco una ocasión en la que, como se sabe, a petición de ETA y con la aprobación del Gobierno de **Aznar**, fui yo mismo, con las debidas autorizaciones, intermediario –no mediador–. Pero la iniciativa no prosperó.

¿Y la Iglesia se ha ofrecido motu proprio?

En una sociedad evolucionada hay instancias civiles apropiadas para este tipo de acercamientos. Con todo, los obispos vascos ofrecimos varias veces nuestra disponibilidad si fuese considerada necesaria.

Hay quien dice que ETA nació en los seminarios...

Es una afirmación infame, gratuita, que tristemente hizo fortuna hace algunos años. Los orígenes de ETA están hoy bien estudiados y no ofrecen base para sostener tal impropiedad.

¿Cree que la Iglesia vasca ha estado a la altura durante los años de lucha armada?

La aportación de la Iglesia en el País Vasco a la causa de la paz ha sido notable. Ha elaborado una ética para la paz, ha reprobado neta y enérgicamente desde el principio la actividad terrorista de ETA, ha censurado moralmente, cuando le constaban, las reacciones antiterroristas que violaban gravemente los derechos humanos, y ha reclamado verdad, justicia, diálogo, perdón...

¿Y se ha acompañado a las víctimas como merecen?

A mi juicio, en una primera fase, nuestra sensibilidad ante ellas no fue suficientemente cálida ni efectiva. No lo fue tampoco en la sociedad ni en los partidos ni en los medios de comunicación. En una segunda fase, nuestra atención a todas las víctimas fue sentida, sostenida y eficaz. Debería haberlo sido desde el principio. El Evangelio me pide esta autocrítica.